

bles y en distintas posturas académicas. Llamábanse los unos á los otros ilustrados, eminentes, prestigiosos, genios desconocidos, millonarios de la rima... Á fuerza de llamarse así ellos mismos, casi casi creían que era justicia. Todos los discursos de los oradores tenían que ser por igual grandilocuentes, estupendos, famosos, colosales, piramidales, vibrantes; y ¡Dios librara al crítico que escatimara uno solo de los ditirambos de rigor! Todas las poesías de los *vates* tenían que ser igualmente sentidas, bellísimas, melodiosas, de vuelo de cóndor saltando por los Andes, dulce como la caña, amelonadas, esto es, frescas como el melón, vibrantes; y Dios librara al crítico que no dijera al poeta á propósito de su última *composición*:

— ¡Qué buena, pero qué bonísima es la poesía que publicó usted ayer! ¡Es lo mejor que ha hecho usted, *compadre!*

Á un orador mediano se le comparaba con Demóstenes y Cicerón; del autor de un drama que no se habría tolerado en el antiguo Capellanes, se decía que había *entroncado* con Shakespeare, Schiller y Calderón de la Barca; á poetas chirles se les llamaba Goethe, Byron, Leopardi... Y si salía un caballero rascando un violín, al punto se le bautizaba con el título de Paganini majagüeño.

El empeño periodístico estaba en decir que poetas y sabios y músicos europeos estaban con tamaño boca abierta contemplando á los de Majagua. ¡Ah! Cuando moría, á pesar de ser inmortal, uno de aquellos grandes hombres, la multitud corría ansiosa en pos del féretro, llevado en hombros de cuatro mamacallos que se regocijaban de la muerte, porque dejaba vacante un turno de sabio en el país; Majagua, con lágrimas en los ojos, sentía, durante veinticuatro horas, la desaparición del genio desconocido y vibrante; y su viuda recababa una suscripción para vivir con decoro un mes, y seguía luego viviendo, pero con vilipendio, de caridades patrióticas que tomaban forma de rifas, hechas por ella de casa en casa, exhalando suspiros líricos por el insigne muerto « que se sacrificó tanto por el país », y que le dijo á ella, momentos antes de marcharse al otro mundo: « El sol languidece... los celajes pierden sus colores de púrpura y rubí... Majagua parece una gaviota que se balancea sobre un lago azul turquí... ¡Hermosa tarde, Edelmira, para morir un poeta como yo! »

Éstos y otros episodios servían de regocijo á la mesa de Manolo. Con él se reunían allí Francisco del Risco y Fernando Gavía, majagüeño aquél, extranjero éste, amigos ambos de Manolo,

con el cual formaban un triunvirato que era paso de risa.

Era Risco abogado perspicaz y periodista intencionado que, adelantándose á la época en que vivía y á la patria que le deparó el destino, reíase á su salvo de las *fantochadas* al uso, y, aunque patriota de verdad, ó tal vez por lo mismo de serlo, burlábase lindamente de lo que llamaba él barracón político y social de una raza perdida para la causa de la humanidad. Claro que no había podido librar á su espíritu de las influencias del medio ambiente, pero vivía con el pensamiento fuera de allí, y sacaba á salvo, por cima de la degradación general, el culto á la amistad y el amoroso respeto á una cabeza femenina, rugosa y cana, que guardaba en el santuario del hogar como si temiera que la empañara el vaho de Majagua.

Gaviria era buen poeta y atesoraba además notable ilustración. Muchos años hacía ya que había llegado á Majagua, llamado por su abuelo, del cual era heredero. Pero aquel octogenario señor no acababa de morir, resultando inmortal, aunque no era sabio del país, y Gaviria vió pasar estérilmente la primavera toda de su juventud y con la juventud las ilusiones todas de su vida. Hombre de corazón sano, con mucha ter-

nura y muchísimo decoro, se declaró muerto al llegar á un mundo que no podía comprenderle. Había en él dos personalidades : un Gaviria que salía á la calle y alternaba con las gentes, y otro que se quedaba en su casa, recogido en las profundidades del espíritu. Este Gaviria pensaba y sentía amargamente en silencio sobre los escombros de todo cuanto amó y perdió; en aquél había encarnado la más absoluta indiferencia por todo lo que acontecía en el cielo y en la tierra. Gran bebedor, más por sed del espíritu que por vicio del paladar, ahogaba en vino su presente y su porvenir, y siendo, como era, rumboso en las libaciones, conseguía aplacar la envidia de los unos y la cólera de los otros, por lo cual se le llamaba, en aquella taberna de Quijotes, *señó Isidro el Maragato*. La fórmula de su vida era ésta : « ¡Á beber! ¡Á beber! » Y con esta fórmula hidroterápica curaba los achaques todos de la existencia.

Grueso, enorme, coloradote, con cara que parecía amasada por las manos de Diógenes y con panza semejante al barril en que se expatriaba de la vida aquel ilustre desvergonzado, periodista inexpugnable porque esgrimía la pluma á guisa de hisopo empapado en basura de Majagua sin curarse de que le mancharan las salpicaduras,

arquetipo del sentido moral en una sociedad que le había dado la vida como se la dió á Voltaire el derrumbamiento de su siglo, Enrique de Lara, con cara de camándula y tardo paso de buey arando, entraba algunas veces en el café de la Bomba, y discurría, al encontrarse con sus amigos, alguna cuchufleta de su peregrino y descocado ingenio. La síntesis de su pensamiento era esta paradoja : « No es posible tomar nada por lo serio en un país esencialmente fiel y bodeguero. »

Las algaradas del buen humor que estallaban alegremente entre aquellos compañeros como burbujas de vino espumoso del Rhin habían de tener muy pronto acabamiento triste. La atención de Majagua se hallaba fija en Manuel Roldán, que debía fallar la célebre causa de Lamber, parricida y ladrón, quien había dado inicua muerte á sus progenitores para heredar prematuramente una fabulosa suma de millones, entre los cuales vivían los viejos avaros como personajes de un cuento de hadas. Habíanse puesto en juego los más positivos manejos para rescatar la preciosa existencia del parricida, cuyos millones se repartirían la curia, la prensa, el gobierno... ¡y Manuel Roldán había lanzado á la cabeza de aquel hombre todo el peso de la ley!... El fallo era inconcebible, extraordinario, monstruoso. La sen-

tencia era una campanada, y Majagua falló á su vez que el juez estaba loco ó tonto. Se le odiaba; se le molestaba también. Zaheriale injustamente la prensa periódica, esquivaban su trato las gentes del oficio, discurría el gobierno sobre la manera de separarle del juzgado, y ora directa, ora indirectamente, le provocaba todo el mundo. En el café de la Bomba arreciaron las manifestaciones de desagrado. Manolo sentía sobre su corazón las coléricas miradas que le asestaba el odio; oía á su paso murmullos, cuchicheos, alusiones malsonantes. De las mesas cercanas á la suya le disparaban á hurtadillas migajas de pan y bolitas de papel. Comprendió que estorbaba, y una sombra de tristeza obscureció su mente.

IX

La vida de Frasquito Cataclismo era una aleluya triste con ribetes de cómica. Aunque de mala ralea, Frasquito no era perverso de condición; era, bien al revés, un buen hombre, lo que se llama un Juan Lanás, que, excitado por la desgracia y el alcohol, había concluido por ser criminal de oficio.

Su propio origen fué el primer estímulo á la criminalidad artificial del buen Frasquito.

La familia Cataclismo, muy distinguida socialmente, tenía, como todas las de su época en Majagua, una manada de siervos que usaban el apellido de sus amos. Negro esclavo de esta familia fué uno de los ascendientes de Frasquito, el cual no tenía derecho á llamarse de ninguna manera. No podía él negar su estirpe, porque, como ha dicho Sellés, hay espejos confidentes donde la faz se retrata; pero quería explicarla y la explicaba todos los días, por ser en él preocupación y pesadilla, diciendo que el sol de Majagua habíale bronceado la piel. Las gentes se divertían mucho con la explicación científica del astrónomo Cataclismo, y al mismo Flammarión le tuvo con cuidado aquél fenómeno solar que reflejaba tanañas manchas y lunares de color de chocolate de Matías López.

Atraído por las corrientes de simpatía que tenía el escándalo en Majagua, y fascinado ya por lo que podría llamarse delirio de grandezas, quiso Frasquito hacer una que fuera sonada con raptar á la mujer que era su prometida esposa y que, confiada en su palabra de matrimonio, abandonó el domicilio paterno para desposarse ante el altar de un fonducho... Al alborar el día, cuando

despertó ella de la noche de bodas, vió con asombro que había desaparecido su novio, quien, burlando la candidez del sueño, salió furtivamente del cuarto y dijo en el despacho de la fonda al pagar el precio del tálamo infamante:

— La que queda arriba es una mujer pública.

Tratada como tal por dependientes y camareños, llorosa, escarnecida y violada, no se la vió más desde aquella noche de oprobio en la honra y de luto en el corazón.

Llevado por raptó y estupro á los tribunales de justicia, empezó Frasquito por negar el hecho; pero probado que fué completamente, sostuvo que su novia no sólo era una mujer perdida, sino que se había entregado á él, como á otros, mediante precio. Vencido, sin embargo, por el miedo que más tarde le infundió la cárcel y por las amenazas de muerte que le hizo la ultrajada familia, se casó con la muchacha, prefiriendo los padres de ésta entregársela bajo partida de matrimonio, como víctima del presente y el porvenir, antes que conservarla en el hogar deshonorada por el amante y el fonducho... Aumentó así con esta dura contrariedad el estado pasional del buen Cataclismo. No le bastaba ya la preocupación de que todos los colores tenían que ser bronceados... bajo el sol de Majagua. Pretendía también que

todos los hogares habían de ser como el que fundó en una noche de crápula; — asemejándose en este punto á algunos socialistas que piden el reparto social, no por tener más, sino para que no tengan nada los que tienen. — Quería esparcimientos para su conciencia, y en busca de ellos recorrió todas las sendas de perdición, y enganchóse como chulo matasiete en lupanares y burdeles, de los cuales salió alguna vez para la prevención llevando entre los dientes un pedazo del carrillo que le arrancara en riña á una de las pupilas de la casa con quienes vivía como una de tantas, y alguna vez también salió la *Celestina*, que pagaba por su propia mano en las sastrerías las cuentas de Fasquito, corriendo airada tras él por calles y parques y azotándole la espalda con la factura de las prendas de vestir que llevaba puestas, mientras le decía á grito herido con escándalo del vecindario :

— ¡Te vas á dar tono con lo que te pago, ladrón!...

Aunque más bruto que un arado y más ignorante que bruto, empezó por entonces á escribir; bien que no hacía falta entendimiento ni cultura para hacer, en periodicuchos que estaban al alcance de todas las plumas, lo que llamaba él mismo « sueltitos sangrientos y crónicas escandalosas »,

amasadas casi siempre con esputos de mujerzuelas y rufianes, crónicas y sueltos que provocaron algunos lances de... *honor*, llamados así por ironía del lenguaje, á los que acudió Frasquito haciendo de tripas corazón, porque era un cobarde disfrazado de matón en aguardiente, terminándolos con un acta sin ortografía ó con un rasguño sin consecuencias.

Perturbador por exigencias del vientre, que tenía hambre atrasada; devorado por el deseo de figurar, ya que se creía fundadamente despreciado de todos, y por corrosiva y monstruosa envidia que tenía carácter de enfermedad física y moral, el gran Cataclismo necesitaba que Majagua hablara de él todos los días y que no hablara de nadie más; y si no le daba el caletre para escribir los sueltitos « sangrientos y las crónicas escandalosas », cuya responsabilidad esquivaba siempre que no le defendía el pandillaje del periódico, acudía á cualquier periodista rogándole con zalamerías de mulato socarrón que le hiciera un artículo para firmarlo él.

Las proezas que había hecho en el campo... del honor no le apagaban aún la inacabable sed de sonar, cuando tuvo la ventura de dejar cojo, en duelo á sable, á su probado amigo Pepe Ginebra, que había cortado hasta entonces « el bacalao

majagüeño ». Aquel sablazo de suerte dejó consternada á la población, y Frasquito no perdió la oportunidad de sacar de la cojera todo el partido posible.

¡Qué de emociones narraba! Se bañó á las ocho del mismo día del duelo. Hizo más : se afeitó y empolvó á las doce; y ¡qué serenidad la suya al coger la mota de la pólvora!

Sí, el suceso era digno de contarse en letras de molde, y Frasquito lo pintó con todos sus pelos y señales. La faena fué heroica y larga. Ya habían tenido los contendientes seis encuentros sobre el terreno, sin tocarse el pelo de la ropa, cuando al séptimo pensó Frasquito : « Ó le dejas cojo, ó te deja cojo. » Y ¡zas! le dió un mandoble en un tobillo. ¡Qué cara puso el herido! y, sobre todo, ¡qué tobillo! Frasquito describía la contorsión en un párrafo sumamente inspirado y *vibrante*. Se oía sonar el hueso al ser roto por el sable. Con el tobillo á cuestras, anduvo mucho tiempo por el mundo del escándalo, no en señal de remordimiento, sino como si llevara enhiesto un pendón aterrador y glorioso.

Pero una noche corrió por toda Majagua un rumor extraordinario... Un hombre, que miraba fijamente á Frasquito como si quisiera hipnotizarle siempre que se tropezaba con él, le había

insultado en público; y Frasquito, ¡oh asombro! no contestó palabra.

Otra noche circuló una noticia más extraordinaria que el rumor. Aquel mismo hombre, acercándose á Frasquito, le había dicho :

— Prepárate, que voy á darte una trompada.

Y, efectivamente, le dió con la trompa, ó sea con la mano, aplastándole la nariz; ¡y Cataclismo tan tranquilo, con la nariz aplastada!... El suceso era realmente estupendo. Pero más chocó á todos el ver á Frasquito paseando con el abofeteador, que le echaba sobre el hombro una mano protectora...

Meses después, salió á la calle un pasquín, en forma de periódico, titulado *Los Valientes*, garabateado por Frasquito Cataclismo y sostenido por la mano del caballero de la trompada. *Los Valientes*, que reflejaba diariamente la envidia de aquél, tenía por fuerza que ser el periódico indicado para atacar á Manolo; y, en efecto, el ataque salió á luz, sin sindéresis ni sentido común, bufo é inocente de puro calumniador y estúpido. Aquello era sencillamente *bestia* y producía bascas al espíritu.

Ataques así, comidilla diaria de aquella prensa, no llamaban la atención de nadie; pero Manolo no estaba aclimatado... Una ola de indignación,

que le brotó de la conciencia, sacudió su pluma arrastrándola á escribir lo siguiente :

« *Á Frasquito Cataclismo, el mulato de los duelos, autor de la cojera de Pepe Ginebra.*

» Esperaba de tu mala raza que contra mí también esgrimieras el arma de la calumnia, escudo y blasón de tu fuerza. Pero, aunque tenía la convicción de que eres la más desorejada mujerzuela de tu espúrea casta, « do muchas tuvieron hijos » y no esposos », no te creí capaz, ¡oh insigne manumitido! de herirme á traición y á mansalva, recatándote en la sombra del hombre que te despampanó la nariz. Quiero, á pesar de todo, apurar el cáliz de la ignominia dispensándote el honor de alojarte una bala, aun á riesgo de que se embote, entre cuerno y cuerno. »

La burla, el demonio de la burla que le retozaba en el cuerpo, hizo muy luego que se mofara Manolo de su propia obra.

— ¿Es posible? se preguntaba. ¿Estaré en el caso de batirme con el primer Cataclismo que me salga al encuentro? ¿Habré venido al mundo á cumplir la misión de matar un Frasquito? Pues si me mata, ¡lúcida muerte, como hay Dios!...

No contaba, sin embargo, con que *se la habían jurado*, como se lo probaría de allí á poco un incidente trágicamente cómico.

Risco y Gaviria, enterados del suceso, le esperaban tranquilamente en el café, para felicitarle, porque, según ellos, estaba de plácemes; y cuando pretendió hablar del asunto en serio, Gaviria rompió á reír :

— ¡Usted delira! ¡Valiente bromazo le daría Enrique de Lara si supiera que quiere usted gastar dignidad con los Cataclismos y Frasquitos!...

Y luego, llamando al mozo :

— ¡Á beber!... ¡Á beber!

X

« Majagua, septiembre 7.

» *Señores don José Coñá y don Frasquito Cataclismo.*

» Mis distinguidos amigos :

» Pasando por la calle de Tócame Roque, noté, con verdadera sorpresa, que *al pasar* don Manuel Roldán me dió con el codo. Creí de súbito que sería por distracción; pero, habiéndome fijado luego en el gesto que puso el referido Roldán, no me queda duda de que trató de agraviarme. Con tal motivo, ruego á ustedes se dignen pedir,

en mi nombre, al señor don Manuel Roldán una rectificación estruendosamente pública del aludido codazo ó una reparación en el campo del honor, y rétenle ustedes formalmente y díganle que le abandono todas las condiciones del duelo.

» Soy de ustedes amigo obsecuente,

» JUAN DE LA CAMPANA. »

*
* *

« Majagua, septiembre 8.

» Señor don Manuel Roldán.

» Muy señor nuestro :

» Nuestro amigo el señor don Juan de la Campana nos ha dirigido la carta que copiamos á continuación, y *por ende* usted se servirá decirnos si se halla ó no resuelto á *retratarse* del codazo, objeto de la cuestión. En caso contrario, ya está usted retado de un modo muy serio para que lo repare en el campo del honor.

» De usted atentos seguros servidores, q. b. s. m.,

» JOSÉ COÑÁ,

Groupier del círculo de la Bomba.

» FRASQUITO CATACLISMO,

Redactol de *Los Valientes* »

*
* *

» Señores don José Coñá y don Frasquito Cataclismo.

» Muy señores míos :

» Tengo el honor de participar á ustedes, en contestación á su carta fechada hoy, que hablando anoche con los señores don Ciriaco Pérez y don Ruperto Gómez, amigos del señor don Juan de la Campana, quien se hallaba presente también, tuve el gusto de manifestarles, en cuanto á lo del codazo, que sería sin querer, debido acaso á la estrechez de la acera de la calle de Tócame Roque, y que yo mismo no me habría apercebido del hecho si el señor de la Campana al recibir el codazo no hubiera exclamado : « ¡Pisa, burro! »

» Con lo cual, y con bebernos unas copas, quedó terminado el acto ; y como ustedes son hombres dignos el uno en su clase de *groupier* y el otro en la de *redactol*, y saben distinguir y tienen qué perder, no necesito insistir en la seriedad é importancia del indicado acto.

» Soy de ustedes, con sentimientos de consideración, atento seguro servidor, q. b. s. m.,

» MANUEL ROLDÁN.

» Majagua, 8 de septiembre. »

*
* *

« Majagua, septiembre 8.

» Señor don Manuel Roldán.

» Muy señor nuestro :

» No tenemos nada que ver con las manifestaciones que haya hecho usted, según dice, delante de los afamados majagüenos don Ciriaco Pérez y don Ruperto Gómez, vates colosales y glorias del país. El codazo continúa en pie, y lo *retrata* usted de un modo estruendosamente público, ó lo repara por las armas.

» De usted afectísimos seguros servidores,

» q. b. s. m.,

» JOSÉ COÑÁ. — FRASQUITO CATACLISMO. »

*
* *

» Señores don José Coña y don Frasquito Cataclismo.

» Muy señores míos :

» Me extraña sobremanera que insistan ustedes en la pretensión que formularon en su primera carta; pero me extraña más oírles decir que son vates colosales (animales sí que) don Ciriaco y don Ruperto. Por lo demás, y en cuanto al codazo, me atengo á lo dicho.

» Reiterando á ustedes el testimonio de mi

consideración, me repito su afectísimo seguro servidor,

» MANUEL ROLDÁN.

» Majagua, 8 de septiembre. »

*
* *

« Majagua, septiembre 8.

» Señor don Manuel Roldán.

» Muy señor nuestro :

» Publicamos un comunicado haciendo constar que no quiere usted satisfacer la *vindita* del señor de la Campana reparando el codazo en el campo del honor. El país entero juzgará.

» Ahora nos toca advertir á usted que el hecho de negar que los señores Pérez y Gómez son vates colosales, como bucólicos, es un ataque al país y además nos ofende atrocemente. Con este motivo retamos á usted en la forma que verá más abajo.

» De usted afectísimos seguros servidores que besan su mano,

» JOSÉ COÑÁ. — FRASQUITO CATACLISMO. »

*
* *